

Los archivos de don Ángel

Un violín restaurado

Cuando alguien hace un proyecto intenta, en la medida de su experiencia y posibilidades, asignar con justicia el presupuesto para las personas que trabajan en él directa o indirectamente.

Para 2008, desde mi pequeño puesto en el gobierno federal, presupuesté la primera versión del CD-Rom tomando en cuenta retribuir simbólicamente a Paul Anastasio. Estaba consciente de que ningún apoyo que pudiera yo conseguir allí iba a cubrir los miles de dólares que Paul había gastado a lo largo de los 6 años de trabajo más intenso en el que había realizado al menos 12 viajes donde pagó hoteles y después la renta del *Cuarto de dos gringos locos*¹ en el centro de Ciudad Altamirano, aviones y comidas además del pago que realizó a absolutamente todos los violinistas con los que trabajó, dándoles retribuciones por hora como si estuviera tomando

¹ Un pequeña accesoria con medio baño donde se instaló, a veces acompañado por David Tobin. Su cocina era una parrilla de resistencia y una olla eléctrica de lenta cocción; su recámara, colchonetas y bolsas de dormir. El mobiliario más importante era una pequeña mesita baja para revisar las transcripciones.

clases particulares. Aun así, yo consideraba que Paul debía de ganar algo a cambio de ceder sus transcripciones.

Cuando aprobaron el presupuesto, le escribí feliz a Paul, quien me contestó lo mismo que me respondió para esta edición:

–Cualquier dinero que hubiera para mí, por favor repártelo entre los violinistas que sigan vivos o dáselo a sus viudas.

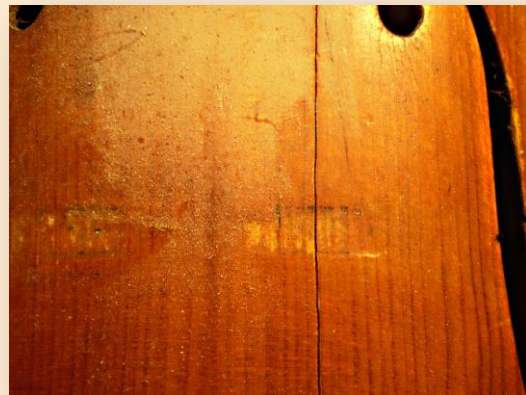
Así lo hicimos. Íbamos bien, de acuerdo a lo planeado pero al llegar con doña Elpidia Diego Rosales, viuda de don Ángel Tavira, nos dijo que ella no quería lucrar con la obra de su marido.

Insistí en que queríamos retribuir de alguna manera el uso de las transcripciones; más aún porque don Ángel sí había hecho transcripciones que luego compartió con Paul.

Entonces ella comentó que tenía un violín, el mejor violín de Ángel, pero se había roto. Que ya les había pedido a otros músicos que lo llevaran a reparar pero no lo hicieron. Que si el dinero destinado a ella alcanzaba para realizar la reparación, se daba por bien servida y le podría dar el violín a su hijo que ya estaba tocando en un mariachi.

Con mucho pendiente por la responsabilidad que eso implicaba, partimos con el violín en el coche –mi viejo Ford Fiesta– pues todavía nos dirigíamos hacia Tlapehuala. Ya de regreso en la Ciudad de México llamé al músico Marco Antonio Rubio, excelente persona, gran amigo de toda mi confianza y, sobre todo, el primer alumno titulado en la Licenciatura en Laudería de la escuela que ahora está en Querétaro. Le mostré el violín y le pregunté cuánto costaría repararlo.

Lo que parecía una simple rajada y que los neófitos creemos poder arreglar con una aplicación de pegamento para madera, era resultado de un desequilibrio de fuerzas donde apoya el *alma* –ese postecito de madera que los violines tienen dentro, que transmite la vibración y que los mariachis viven acomodando. El violín tenía que ser desarmado completamente para reforzar el punto donde la tapa sostiene el alma. La *rajadita* tenía que ser rellenada y reforzada por dentro con una especie de vendetas como las que los médicos colocan en las heridas largas, pero en este caso de madera.









Marco hacía cuentas mentales para saber cuánto cobrar porque era un trabajo muy complejo; más que una reparación, era una restauración. Además, el violín era muy buen instrumento, fino. Me preguntó quién era el dueño. Cuando le respondí, su cara cambió de color. Él, como músico dedicado al son mexicano tradicional, conocía perfectamente a nuestro personaje y lo admiraba. Tras una leve palidez, se le dibujó una gran sonrisa:

–Si hay presupuesto o no, no importa. Yo lo arreglo por lo que me den, será un honor.

Nunca supe el costo real de la restauración pero, basada en otras reparaciones, calculo que Marco Rubio hizo el trabajo

por una quinta o sexta parte de su valor. Así quedó, en unos cuantos meses y con muchísimo amor, reparado el último violín de don Ángel Tavira.

Ana Zarina
Agosto de 2018